

El caso Ernesto: Trauma e invención

A propósito de “Los niños” de Marguerite Duras

Miquel Bassols

Una mujer y un hombre hablan sin mirarse. La mujer está sentada frente a una mesa donde pela patatas. El hombre, detrás de ella, se mantiene de pie al lado de una ventana con la mirada suspendida en una ausencia de horizonte. Él responde de manera breve y enigmática a las preguntas de la mujer que no parecen solicitar una respuesta, porque son preguntas que se imponen ya como la respuesta. Nos damos cuenta muy temprano que a pesar de las apariencias físicas esta mujer y este hombre son, en realidad, una madre y un hijo. Pero, justamente, se vuelve también manifiesta la extrañeza de concebir que se trate de una madre y de *su* hijo, tanto que una sea la madre del otro, como que el otro sea el hijo de una. Se diría que el Otro no existe por esta pareja bizarra.

Es el primer plano de una película de Marguerite Duras, la última que llegó a hacer en 1984 y que se titula *Los niños*. La película desarrolla las dos páginas de un cómic para niños, *Ah! Ernesto* (1971) y será retomada en el texto *La lluvia de verano* (1990)¹. Más que de un diálogo, se trata de dos monólogos que no llegan a encontrarse en la apertura de la película:

La madre: Igual me querías decir algo, Ernesto, ¿no?

Ernesto tarda en contestar

Ernesto: No (pausa). Sí.

La madre: A veces pasa que uno quiere decir algo...

Ernesto: A veces pasa, sí.

La madre: Ya me parecía a mí...

Ernesto: Sí.

Pausa. (...)

La madre: Lo que tú quieras, Ernesto.

Ernesto: Sí.

Pausa.

(Duras, *La lluvia de verano*, 19)

Vivimos habitualmente en la evidencia de la existencia del Otro. De hecho, no podemos prescindir de esta existencia. Incluso el aforismo tan conocido de Jacques Lacan, *el Otro no existe*, no llegamos a creerlo, lo repetimos sin creerlo. ¿Cómo podríamos creerlo, si la

¹ De este texto citamos los pasajes de la película que se retoman.

creencia misma supone la existencia de este Otro? Lo repetimos simplemente porque se nos lo ha dicho, y se nos lo ha dicho en un contexto que nos ha parecido verosímil. Pero este aforismo, de repente, puede plasmar nuestra comprensión para darnos una pequeña idea de lo que no quisiéramos saber, y también de lo que no queremos dejar de creer, día y noche. De repente, una frase puede volver manifiesta esta inexistencia y hacer aparecer este otro hecho de estructura que Jacques Lacan había enunciado en otro aforismo conocido: *No hay relación sexual*.

Es toda una clínica que hoy en día se ordena para nosotros alrededor de estos dos hechos de estructura, toda una orientación de la experiencia analítica que extrae una enseñanza de casos y de fenómenos sintomáticos en la civilización actual², esta civilización que se designa con el término de *globalización*, pero que sólo se ordena alrededor de la inexistencia de un significante del Otro que le daría su consistencia de *globalidad*. Muy por el contrario, debemos decir que Lo Global, como figura del Otro e incluso del pensamiento – *Think Global, Act Local*, repetidos para dar cuerpo a este Otro más allá de la proliferación de las individualidades – este Otro de Lo Global no existe.

La película de Marguerite Duras – “[ella] revela saber sin mí lo que yo enseñó” (*Otros escritos*, 211), había escrito Jacques Lacan- pone en escena esta inexistencia a partir de un caso que ha merecido nuestra atención. Aunque deba ser considerado como inventado por el autor - nosotros no sabemos qué de la invención debe aquí a un caso real-, no es menos preciso en la lógica clínica que conduce sus decires y las consecuencias de sus actos. Del mismo modo que el caso Lol, extraído de la célebre novela de Duras y que tenía su origen en una mujer encontrada por la autora en un hospital psiquiátrico, proponemos entonces extraer aquí una enseñanza del caso Ernesto.

El caso y su cuenta

Ernesto es un niño que tiene siete años -en la película- pero quizás tenga doce también -en la novela-. De hecho, parece tener veinte años; dice su padre, o incluso cuarenta cuando está encarnado en la pantalla por el actor Axel Bogousslavsky. Ya vemos que el protocolo

² Un punto de inflexión de esta orientación fue el curso de Jacques-Alain Miller en la Sección Clínica de Paris, compartido este año 1996-1997 con Éric Laurent, “El Otro que no existe y sus comités de ética”.

del psicólogo, evolutivo o no, aquí no importa, pero la singularidad del caso también nos muestra que éste tampoco importa cuando trata de *psicobiografiar* al niño, psicótico o no. Es mejor escuchar a la madre: “él es un caso aparte³... Está muy alto, altísimo, muy, muy fuerte” (Duras, *La lluvia de verano*, 55), o bien a Marguerite Duras misma: “Los otros, a su lado, son todos pequeños, de talla normal. Su hermana también tiene siete años. ¿Por qué siete años? Es una facilidad que se dan los padres para no retener la edad de sus hijos: todos tienen siete años”⁴ (*Cahiers du cinéma*, 10). Este niño enorme, que no sabemos dónde colocar en la serie de los niños, este niño de una excepción única, este niño del Uno solo, del Uno sin Otro, este niño que también es *todos los niños*, este niño no sabe leer, del mismo modo que no sabe su edad. Solo sabe su nombre y niega el nombre que a veces le da su madre, como contingencia de su historia: Vladimir.

La madre: ¿Tú qué número haces⁵, Vladimir?

Ernesto: Hago el primero⁶ después del que se murió (tierno). Todos los días me ofendes cuando me haces esa pregunta, mamá. A ver si se te mete de una vez en la cabeza. Soy el primero... (gesto) $1+6=7$... Es como eso de llamarme Vladimir, y eso ¿de dónde sale...? ¿De la vieja Rusia?

Pausa. La madre, lo que es contestar, no contesta.

(Duras, *La lluvia de verano*, 21)

He aquí la paradoja en la cual se encuentra Ernesto-Vladimir respecto al deseo del Otro: ser el primero luego de otro que por este mismo hecho, por el hecho de ser el otro de un primero, deja de existir como el Otro que lo preexiste. A este Otro no le queda más que ser el otro imaginario del yo del sujeto, la pareja imaginaria que golpea su imagen con la identificación al muerto. Ser el primero junto a, y no solo luego de, aquel que está muerto y que no es contado por el Otro, deja entonces al sujeto exiliado de este Otro, en el espacio de una falsa excepción que nunca podrá contarse, que no podrá contar al sujeto como Uno-entre-otros⁷, lo que sería su identificación primera, sino primaria en el sentido psicoanalítico del término. Dicho de otro modo, a falta de contarse como el Uno-entre-otros, de “incluirse entre sus semejantes” (Lacan, *Otros Escritos*, 588), Ernesto-Vladimir se

³ N. de la T. En el original en francés *il est exceptionnel*, literalmente “él es excepcional”.

⁴ N. de la T. No hay traducción al español, la traducción es nuestra.

⁵ N. de la T. En el original en francés *T'es mon combien?*, literalmente “¿Tu eres mi cuánto?”

⁶ N. de la T. En el original en francés *J'suis ton premier*, literalmente “soy tu primero”.

⁷ Es la expresión de Jacques Lacan a propósito de otro caso de ficción literaria, Moritz de “El despertar de la primavera” de Wedekind, que mantiene junto con Ernesto una comunidad de excepción notable. Ver Lacan, Jacques. “Prefacio al Despertar de la primavera”. *Otros Escritos*. Bs. As.: Ed. Paidós, 2012. (pág. 587-590).

convierte en una suerte de universal de todos los niños sin excepción posible, un excluido de lo real que su ser marginal viene a redoblar. Y Marguerite Duras generaliza de hecho este lugar para el niño al decir que él ocupa para la madre “lo que la madre ignoraba de su propia vida” (*La lluvia de verano*, 39)

Es necesario destacar que en la película, el lugar de Ernesto fuera de la serie de los niños está modulado por otra ecuación, pero que nos da, de hecho, el mismo sinsentido en otro orden cronológico: “Soy el séptimo: 5 y 2” (Duras, *Los niños*). A oír este 2 como la pareja imaginaria que él forma con su hermana Jeanne, pero también con Vladimir, el otro del fantasma materno que remite a su pasado, o incluso con el otro muerto que ocupa su lugar en lo imaginario.

Es una manera muy lógica de decir lo que del sujeto queda fuera de serie, fuera de la simbolización del Otro donde él debería localizar su deseo. ¿Cuál?, podemos preguntarnos siempre, ¿el deseo del sujeto o más bien el del Otro? Del Otro, si éste existiera, pero justamente es de su inexistencia que testimonia el decir del sujeto. El Uno solo, en el $1+6$, o bien el 2 de la pareja imaginaria, en el 5 y 2, es el lugar atópico -si se nos permite el oxímoron- desde el cual se hace oír el sujeto Ernesto. Él siempre hablará en nombre de todos los niños, pero también fuera de una comunidad, una suerte de comunidad inconcesable, que el relato designa como los *brothers* y las *sisters*.

Los *brothers* y las *sisters* de Ernesto se parecían todos a Ernesto. A la madre y a Ernesto. Cuando eran muy pequeños se parecían al padre. Luego, durante dos o tres años, no se les podía sacar ningún parecido, y luego, de repente, empezaban a parecerse a la madre y a Ernesto. (Duras, *La lluvia de verano*, 28).

No es que el sujeto se parecía a todos los otros, es que todos los otros se parecían a esta primera pareja imaginaria que está formada por el niño y la madre, la pareja que hace por lo tanto función de Uno solo. En esta identificación masiva -para retomar la expresión de Lacan en sus primeros textos sobre la psicosis- no habrá un lugar para la excepción y será el lugar de Jeanne, la hermana en calidad de niña, en calidad de excepción femenina: “Pero había una que no se parecía todavía a nadie, era Jeanne” (Duras, *La lluvia de verano*, 28). Es esta niña que sigue siendo una, la única excepción a la cual finalmente el sujeto podrá identificarse. Es de este lugar imposible del que habla Ernesto.

La frase

¿Y qué es lo que dice Ernesto? La frase que queda como el punto de apoyo del relato de Marguerite Duras, la frase que ha vuelto célebre al caso Ernesto, es la consecuencia de esta ecuación en el registro del saber. Es una frase que no es para comprender, pero que pasa de uno a otro como un mensaje tan enigmático como paradójal: “No quiero ir al colegio porque me enseñan cosas que no sé” (Duras, *La lluvia de verano*, 20).

No se puede argumentar ni contradecir esta frase, ella se impone como tal, en su rechazo absoluto al Otro del saber. En todo caso, es una frase paradigmática de la posición de un sujeto que prescinde hoy en día, en esta época que se califica de post-humana, del lugar del Otro como lugar de un saber supuesto, de un saber en el que el sujeto también se ubicaba como un sujeto comprometido, supuesto a este saber. Es el sujeto que también prescinde de los dispositivos actuales, donde el saber está ordenado y dispensado como un objeto formateado, listo para usar.

Lo no-sabido, -lo que está por saberse, incluso antes de que no llegue a saberse- no hace aquí función de marco del saber, como lo indica Lacan para situar la topología y la lógica de la relación “en reserva” (*Otros Escritos*, 268) al sujeto-supuesto-saber. Lo no-sabido queda aquí como un agujero en el saber, un agujero que será encarnado en el objeto libro, como veremos más detenidamente.

Por lo tanto, no es que Ernesto se niega a instruirse, como le dice el maestro, el hombre que sostiene aquí la posición, más bien cómica, de pedagogo o de profesional psi: “No, no es eso, señor maestro. Nos negamos a ir al colegio, señor maestro” (Duras, *La lluvia de verano*, 69). Entonces, no se trata de un rechazo al saber, sino a su lugar en el Otro, un rechazo al Otro mismo de este saber. Por el contrario, la frase de Ernesto se impone con la certeza de un saber sobre la verdad, una verdad que encontró de manera fulgurante en este mismo lugar que niega. Es lo que de nuevo responde ante el argumento del maestro según el cual Ernesto pensaría que el colegio no es necesario para aprender: “Sí, señor maestro, precisamente. Aquí fue donde lo entendí todo. En casa me creía las letanías de la burra de mi madre. Luego, en el colegio, me encontré frente a la verdad” (Duras, *La lluvia de verano*, 69). ¿Y de cuál verdad se trata? Se trata justamente de *la inexistencia de Dios*, de la

inexistencia del Otro que haría que este saber supuesto valga la pena de ser sabido. El Otro del saber, concluye Ernesto, no vale la pena.

Es justamente la otra frase de Ernesto que se ha vuelto célebre, repetida como una letanía a lo largo de su historia: “No vale la pena” (Duras, *La lluvia de verano*, 34). Es una frase que va de la mano con esta inexistencia del Otro a la cual él responde con la increencia absoluta, esta *Unglauben* que Freud había situado en el sujeto schreberiano y que se opone a la afirmación primaria del símbolo, una afirmación que da lugar al Otro del saber. Porque, a esta inexistencia, se puede responder también con la suposición del Otro del saber, de otro que puede saber o que puede no saber, de la misma manera que en el sueño freudiano retomado por Lacan, el Otro que está muerto se mantiene también como el lugar del no saber: “él no sabía que estaba muerto” (*El Seminario. Libro 6*, 55). No es el caso de Ernesto, quien tiene la certeza de que esta inexistencia no coincide con lo no-sabido que se ordena como el marco de un saber, no la falta que se ordena como el marco del Otro, sino el Uno solo que no da lugar a otro significante, el S_1 . El resto, simplemente, no vale la pena.

He aquí el semblante de diálogo que Marguerite Duras pone en escena alrededor de este imposible de decir del Uno que se le impone a Ernesto y que es el fenómeno elemental de su universo, una suerte de *Big bang* de la verdad que él recibió en el rechazo del Otro del saber:

Ernesto: Comprendía algo que aún me cuesta decir... Soy aún demasiado joven para decirlo como es debido. Algo así como la creación del universo. Me quedé clavado en el sitio: de pronto, tuve ante mí la creación del universo. (...) Fijaros... debió de hacerse de una sola vez. En una noche. Por la mañana, todo estaba en su sitio. Todos los bosques, las montañas, los conejitos, todo. En una sola noche. Se creó solo. Una sola noche. Salía la cuenta. Todo estaba justo. Menos una cosa. Sólo una.

La madre: Y si la cosa esa faltaba al principio, ¿cómo va a saberse que faltaba al final...?

Ernesto se calla. Luego sigue diciendo:

Ernesto: No era algo de ver. Era algo que se sabía.

(Duras, *La lluvia de verano*, 32-33)

Efectivamente, la falta de la que se trata no es una falta perceptible o supuesta a partir de un concepto previo, es la falta de un símbolo que no hay. El comentario de la madre, de una lógica impecable, indica muy bien la imposibilidad de este símbolo de la falta: si esta cosa falta al principio, nunca la encontraremos faltando. Al lugar de esta falta imposible de

simbolizar, llega un saber, que ya es una respuesta ante cualquier pregunta. Es un saber que viene de un real donde, de hecho, nunca faltará nada.

Esta falta imposible, de la que Ernesto testimonia tan bien, es justamente aquella que posibilita la existencia del universo, este universo del que Jacques Lacan había tomado la definición de Paul Valery, quien había escrito: “el universo es un defecto en la pureza del No-Ser” (*Escritos 2*, 780). De hecho, es por este defecto que el universo viene a la existencia para el sujeto, el sujeto que puede entonces tomar allí su lugar, que puede tomar su lugar de ser, en lugar de este defecto. Y Lacan continúa junto a Valery para indicar la verdadera naturaleza de este defecto y de este ser: “Y esto no sin razón, pues de conservarse, ese lugar hace languidecer al Ser mismo. Se llama el Goce, y es aquello cuya falta haría vano el universo” (*Escritos 2*, 780).

Justamente, es el sentimiento de Ernesto, para quien le resulta difícil constituir el universo como un defecto en la pureza del No-Ser y para quien el goce del cuerpo siempre volverá vano al universo, un universo que “no vale la pena” (Duras, *La lluvia de verano*, 34).

En el lugar de esta falta imposible, el goce hará síntoma en los agujeros del cuerpo mismo. Se trata de un agujero en lo real, de donde viene ese saber inexplicable. Y este agujero tendrá en el relato su lugar en un objeto muy preciso, el del libro quemado.

El libro quemado y su trauma

“El libro quemado me lo he inventado” (*La lluvia de verano*, 132). Es Marguerite Duras misma quien lo admite en la nota final que agrega a la novela. Porque hay hechos de la historia narrada que coinciden con hechos tomados de la realidad. El libro quemado lo ha inventado y, sin embargo, es lo que hay de más real en su libro y en el caso Ernesto mismo. En realidad, es la invención de Ernesto, el sujeto transmitido por el relato del autor. El libro, entonces, como encuentro traumático será también el lugar de la invención *sinthomática* del sujeto.

¿De qué se trata? Se trata del soporte material de este significante solo, el Uno que se da a leer en lo real, y también es el objeto del rechazo, incluso del tratamiento cruel que evocará el sufrimiento judío y que se mantiene como una presencia irreductible, una presencia a la

que Ernesto presta su propia voz en la novela y en la película. Marguerite Duras calificará este libro como *el libro herido*, un libro que para nada fue inventado porque, en realidad, ella posee un ejemplar que, a la manera de resto diurno, causa al de Ernesto:

Este libro negro, el libro herido (...). Está en mi casa. Es portugués. (...) Es de cuero y la parte de atrás está completamente calcinada. Me lo han dado así y desde entonces la gente me dice: pero, por fin, voy a tirar esta cosa a la basura. Pero yo, yo no quiero.⁸ (Duras en Blot-Labarrère, *Le journal de Pandora*)

Son los *brothers* más pequeños quienes habían encontrado este libro y se lo habían llevado a Ernesto, como una suerte de transmisión de un resto, de una carta [*lettre*]⁹-basura¹⁰ que atraviesa las generaciones para llegar al sujeto Ernesto que no puede no leerlo como un signo, aunque aún no haya llegado a aprender a leer en el sentido escolar del término.

Era un libro muy gordo encuadernado en cuero negro: tenía una quemadura de tapa a tapa, hecha por vaya usted a saber qué artefacto, alguno de aterradora potencia, algo así como un soplete o una barra de hierro al rojo. El agujero de la quemadura era completamente redondo. Alrededor, el libro estaba como antes de que lo quemaran y se hubiera podido leer la parte de las páginas que lo rodeaba. Los niños (...) nunca habían visto libro tan maltratado como aquél. (Duras, *La lluvia de verano*, 12)

El encuentro con el libro provoca en Ernesto un verdadero desencadenamiento de fenómenos elementales, una profunda conmoción de su ser, momento a partir del cual entra en una fase de silencio, un tiempo donde ha observado detenidamente sus páginas, en un estado de perplejidad parecido al que se conoce en las epifanías de James Joyce, o incluso en las *fascinaciones* de Ramon Llull. Se trata del libro como un significante puro, sin ningún significado previo, un significante-objeto que se da a leer al sujeto cuando todavía no sabe leer, lo que marca aún más su ser de letra.

Es entonces cuando Ernesto debió haberse acordado del árbol, también el único en el jardín que frecuentaba. El árbol se convertirá en el único lugar posible para acoger al sujeto, el sitio donde nadie podrá encontrarlo. El diagnóstico de Marguerite Duras sitúa a este

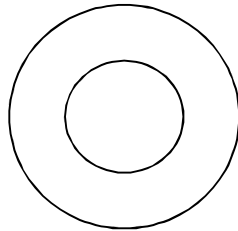
⁸N. de la T. No hay traducción al español, la traducción es nuestra.

⁹ N. de la T. En francés, *lettre* significa tanto carta como letra.

¹⁰“A *letter*, a *litter*: una carta, una basura” (Lacan, *Escritos I*, 36). Es el juego de palabras de James Joyce del que se provee Jacques Lacan en su texto *El seminario sobre la carta robada* para sostener su definición de letra. La letra deviene aquí un objeto que es el resto de una operación simbólica y no representación de una realidad exterior. La letra, como inscripción en lo inconsciente, es el soporte material del significante: “Designamos como letra ese soporte material que el discurso concreto toma del lenguaje.” (*Escritos I*, 463)

encuentro como el desencadenamiento de la locura de Ernesto: “Quizá había sido el árbol, junto con el libro quemado, lo que había empezado a trastornarlo¹¹” (*La lluvia de verano*, 14). No hay ningún significado a extraer de esta asociación del libro y del árbol, sino su presencia como repetición del significante Uno en su valor de fenómeno elemental. Le corresponde al sujeto darle un significado, interpretarlo en su propia vida.

Y, de hecho, la novela y la película de Marguerite Duras, así como el caso Ernesto, se ordenan alrededor de este descubrimiento del libro quemado, en un desorden aparente, con la misma estructura del significante-objeto agujereado que él encarna. Es alrededor de este agujero en lo real que el significante se ordena como letra e incluso como nudo.



Es en este libro quemado donde el sujeto Ernesto encuentra el acontecimiento traumático, incluso *trou-mático*¹², y también es con él que se construye un nombre, su nombre de *sinthome* diremos nosotros para retomar el término que Jacques Lacan ha inventado para detectar este anudamiento particular del sujeto psicótico, un anudamiento que siempre es del orden de la letra. El libro, la letra como objeto, el Judío¹³, el niño – el *infans* como aquel que todavía no habla-, el nudo del *sinthome*: he aquí la continuación de identidades que el caso Ernesto nos presenta para aprender a leer lo que ahora podemos designar para concluir como el *partenaire-sinthome*¹⁴ del sujeto post-humano, aquel que surge del Otro que no existe.

¹¹ N. de la T. En el original en francés *le rendrefou*, literalmente “volverlo loco”.

¹² N. de la T. Neologismo que conjuga *traumatique*, que significa traumático y *trou*, que significa agujero.

¹³ La referencia al judaísmo y a la materialidad de lo escrito en la tradición judía reaparece con frecuencia en los textos de Marguerite Duras. Se trata de una suerte de país de pertenencia donde el sujeto se hace un nombre a través de la práctica de la escritura. El libro quemado de “Los niños” incluye fragmentos de la Biblia hebrea, la misma que Marguerite manifiesta haber leído, alrededor de sus 18 años, gracias a un judío-amante de Neuilly.

¹⁴ Para Ernesto, el libro quemado se vuelve su *partenaire-sinthome* en la medida en que éste condensa su relación al Otro de la palabra y del lenguaje, al mismo inconsciente y al goce de su satisfacción pulsional. Es

Traducción de Guillermina Laferrara

luego de su descubrimiento, como el único partenaire posible de su experiencia, que él se mantiene encerrado con este libro en “una fase de silencio” (Duras, *La lluvia de verano*, 13) de la que saldrá con la certeza sobre la inutilidad del saber del Otro, de cualquier otro que no sea aquél encarnado por su partenaire-sinthome, el libro quemado.

Bibliografía

Blot-Labarrère, Christiane. "Le livre brûlé et les rois d'Israël dans La Pluie d'été". *Le Journal de Pandora*. Paris, 1993.

Duras, Marguerite. (Dirección). *Los niños* [Película], 1984.

Duras, Marguerite. *La lluvia de verano*. Buenos Aires. Alianza editorial, 1990.

Duras, Marguerite. "Dans les jardins d'Israël il ne faisait jamais nuit". Entretien avec Marguerite Duras. *Cahiers du cinéma*, 10, juillet-aout 1985.

Lacan, Jaques. "Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la Escuela". *Otros escritos* (págs. 261-277). Buenos Aires. Ed. Paidós, 1967.

Lacan, Jaques. El seminario sobre "La carta robada". *Escritos I* (págs. 23-69). Buenos Aires: Ed. Siglo XXI, 2009.

Lacan, Jaques. "La instancia de la letra en el inconsciente, o la razón desde Freud". *Escritos I* (págs. 461-495). Buenos Aires. Ed. Siglo XXI, 2009.

Lacan, Jaques. "Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano". *Escritos 2* (págs. 755-787). Buenos Aires. Ed. Siglo XXI, 2009.

Lacan, Jaques. "Homenaje a Marguerite Duras, por el arrobamiento de Lol. V. Stein". *Otros escritos* (págs. 209-216). Buenos Aires. Ed. Paidós, 2009.

Lacan, Jaques. "El sueño del padre muerto: "Él no sabía que estaba muerto". *El Seminario. Libro 6* (págs. 55-72). Buenos Aires. Ed. Paidós, 2015.

Lacan, Jaques. "Prefacio a El despertar de la primavera". *Otros Escritos* (págs. 587-589). Buenos Aires. Ed. Paidós, 2012.